

ORANDO CON LA PALABRA

(Pentecostés)

“ Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “ Paz a vosotros”. Y diciendo esto, es enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “ Paz a vosotros”. Como el Padre me ha enviado , así también os envío yo”. Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo, a quiénes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”.

(Jn.20, 19-23)

La liturgia culmina el tiempo de Pascua con la fiesta de Pentecostés. Jesús se presenta a sus discípulos reunidos después de la Resurrección, pero aún con temor y desconcierto y les vuelve a ofrecer su paz, los envía y exhala sobre ellos, la fuerza de su Espíritu.

Con la fiesta de Pentecostés, celebramos, agradecemos y actualizamos la presencia del Espíritu de Jesús que alienta sobre la tierra, que sigue suscitando en el corazón de las personas, luz, valentía, serenidad para caminar hacia ese otro mundo nuevo que soñamos.

En estos tiempos nuestros, en los que parece que la sociedad está tocando fondo, envuelta en una crisis de humanidad, en una situación de desencanto generalizado, generado por un sistema político-económico insolidario y excluyente. En estos tiempos nuestros , de una Iglesia quizás demasiado abrumada por una realidad sociológica que le quita dinamismo y creatividad. En estos tiempos nuestros, de crisis y sombras, de voces que se alzan y procesos que se inician, de caminos gastados, futuros inciertos y sendas por estrenar, necesitamos invocar la presencia del Espíritu.

Por eso le suplicamos que venga, que le necesitamos como presencia del Resucitado acompañando a su pueblo por los caminos de la vida y de la Historia. Necesitamos que purifique y renueve el corazón y las entrañas del mundo , para que la VIDA pueda seguir fecundando, la vida que gime dentro. Le necesitamos como luz en nuestros caminos, como fortaleza para responder a retos y conflictos, como serenidad para vivirlo todo, en su paz.

Que vivamos la fiesta de Pentecostés abriéndonos al Espíritu, acogiendo su acción para que se haga en nosotros, luz, fuerza, paz. Que su aliento nos haga fuertes y libres para seguir apostando por la vida.

ORACIÓN

En mi caminar cotidiano,
hecho de luz y sombras
de desconciertos y esperanzas,
vengo a ti, Señor,
uniendo mi voz

a la de todos los que caminan
soñando con una vida
y un mundo, nuevos,
para pedirte una vez más,
que tu Espíritu, Señor,
irrumpa sobre la tierra
y rompa los muros y temores
que nos cierran a su acción sanadora.

¡Ven Espíritu y danos tu luz!
Necesitamos que tu luz
ilumine aquellos aspectos de nuestra vida
que debemos modificar, potenciar, agradecer.
Necesitamos tu luz
para contemplar la vida
con ojos limpios y sonrientes.
Necesitamos lucidez
para analizar la realidad,
para descubrir y acoger todo lo bueno
que los otros nos aportan.
Necesitamos tu luz,
para iluminar la situación dura
de las personas más vulnerables,
para estar cerca de ellas,
para definirnos ante situaciones de injusticia,
para compartir con otros,
cauces de compromiso y solidaridad.

¡Ven, Espíritu y danos tu fuerza!
Necesitamos tu fuerza
para vivir con una actitud dinámica, abierta, conciliadora.
Aún es tiempo de cuestionar posturas,
de mejorar relaciones, de sentirnos vivos”
fortalecidos en ti y en camino.

Necesitamos que tu fuerza
nos ayude a romper rutina y monotonía,
prejuicios y esquemas inflexibles.
Que nos sacuda de la atonía
tejida de comodidad, individualismo
y seguridades.

Necesitamos tu fuerza
para superar dificultades,
para integrar pérdidas,
para mantener un corazón abierto y disponible
ante la incertidumbre del futuro,
para vivir el cada día con coherencia y fidelidad.

¡Ven Espíritu y danos tu paz!
Tu paz, que es tu misma presencia
hecha armonía y serenidad.
Tu paz que sosiega, descansa,
que integra todo aquello que aún es ruido,
temor, inquietud.

Danos tu paz.

La paz que nace de acoger y aceptar
el propio misterio personal,
el misterio de los otros.

Que brota del respeto profundo
a los procesos personales y colectivos,
de la búsqueda compartida de la verdad,
del perdón experimentado y regalado.

Necesitamos tu paz.

La paz que no es silencio ni pasividad.

La paz que crece defendiendo el bien y la verdad
como actitud y estilo de vida.

La paz que implica el compromiso sencillo,
pero inequívoco,
de caminar hacia un mundo
más humano y más solidario.

Que tu Espíritu, Señor,
irrumpa sobre la tierra
y su luz, su fuerza y su paz,
renueven nuestra vida
y transformen el corazón del mundo.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

